

## PRÓLOGO

Liliana Dávila Hidalgo<sup>1</sup>

**A**l cumplirse la décima edición de la revista de Sociología de la Universidad de Nariño cabe resaltarse la trayectoria investigativa de la actual generación de docentes de la Sociología en Colombia y de otras disciplinas de las ciencias sociales, los cuales convergen a través de sus saberes en la importancia y pertinencia de indagar los fenómenos sociales a partir de la integración de enfoques y métodos que son complementarios en el análisis social contemporáneo. La presente edición abarca artículos producto de investigaciones desde la sociología histórica, educativa, de familia, política, de la salud y el bienestar, cultural y la sociología de la diversidad, entre otros.

Me permito hacer referencia a esa evolución histórica de la investigación social clásica y la articulación actual con los enfoques posmodernos tanto en el nivel teórico como metodológico. Es así, como se parte de una de las principales conclusiones presentes en esta edición realizada por F. Villamarín (2025), docente del programa de Sociología de la Universidad de Nariño en Pasto, quien afirma:

“... no resulta posible, ni epistemológica ni éticamente, mantener la existencia de un único método válido para la investigación social. Frente a fenómenos complejos, dinámicos y multidimensionales, como la relación, por ejemplo: entre dinámica demográfica y modernización en Nariño, una sola forma de producir conocimiento es insuficiente. Más que optar entre paradigmas, el desafío consiste en articularlos críticamente, reconociendo tanto sus complementariedades como

---

1. Docente hora cátedra del Departamento de Sociología de la Universidad de Nariño, directora de la Revista de Sociología, Trabajadora Social de la Universidad Mariana, especialista en Gerencia Pública y Desarrollo Social de la Universidad de Alcalá de Henares y Magíster en Educación y Diversidad de la Universidad de Manizales.

sus tensiones, sus órdenes y desórdenes, sus continuidades y rupturas. Solo una mirada abierta a la pluralidad epistemológica permite abordar la complejidad de lo social sin reducirla ni fragmentarla”.

Desde esta mirada, comprender los procesos sociales requiere analizar las coyunturas cambiantes de la sociedad actual y las prácticas de los actores sociales en sus diversos contextos. Los artículos de la presente edición se enmarcan en estas posturas ideológicas y metodológicas de la investigación tal y como se presenta en una síntesis de algunos de ellos.

En el primer artículo cabe preguntarse: ¿Arriesgar la vida por el agua? En el calor de Victoria, Tamaulipas, México, el acceso al agua depende de hombres que cargan el peso de la ciudad sobre sus hombros, a menudo sin más protección que su propia voluntad. El estudio de la Comisión de Agua Potable y Alcantarillado (Comapa), revela una estructura profundamente desigual: el 50 % de los trabajadores eventuales opera sin el equipo de seguridad más básico, exponiéndose a riesgos físicos, ergonómicos y químicos, como el manejo de gas cloro, que las instituciones parecen ignorar en favor de la operatividad técnica.

Desde la sociología, esto no es un accidente de gestión, sino la materialización de lo que Clark Kerr y Michael Piore (1954) denominaron el Sector Secundario dentro de la “Balcanización de los Mercados Laborales”. Refiriéndose al sector secundario dentro de la segmentación laboral como un mercado caracterizado por empleos frágiles, la baja remuneración, la alta rotación, la escasa estabilidad y nulas oportunidades de ascenso, diferenciándose del mercado primario, como el más estable y protegido.

En esta capa social o estrato, el trabajador deja de ser un ciudadano con derechos para convertirse en un peón de un juego caprichoso, atrapado en un mercado fragmentado donde la estabilidad es un lujo de otros. Como señala la discusión de resultados del estudio:

Los puestos del sector secundario tienden a estar peor pagados, a tener condiciones de trabajo peores y pocas posibilidades de avance; a tener una relación muy personalizada entre los trabajadores y los supervisores que deja un amplio margen para el favoritismo y lleva a una disciplina laboral dura y caprichosa. (J. Galván, 2025)

La precariedad institucionalizada obliga al trabajador a aceptar el riesgo por temor a la desocupación, evidenciando que, en el mercado de la supervivencia, la dignidad humana suele ser el primer costo recortado.

Para el segundo artículo, a partir de un análisis socio-económico en pandemia por Covid-19, se genera como hipótesis “La paradoja del ahorro: cuando el hogar es donde habita el hambre”.

Durante meses, se repitió el mantra de “quédate en casa”. Pero en las calles de Pasto, esa orden chocaba con una realidad económica asfixiante. La pandemia no fue el “gran igualador” que algunos románticos quisieron ver; fue un amplificador de la vulnerabilidad que ya se conocía. Los datos del estudio de Velasco Villota (2020-2021) son desgarradores: el 76,2 % de los hogares en Pasto no pudo ahorrar ni un solo peso y el 50,7 % reportó dificultades severas para cubrir su canasta alimentaria básica. Para la mitad de la ciudad, el dilema no era el aburrimiento del encierro, sino cómo llenar el plato al día siguiente. Como bien lo analizó Villamizar (2020): “Situaciones como las que se han presentado ante la pandemia y el aislamiento obligatorio, generan en los individuos recesos económicos considerables”. Estos números representan las heridas abiertas de una comunidad que vive de la informalidad y que fue obligada a detenerse sin una red de seguridad.

En síntesis, este estudio confirma que la pandemia tuvo efectos multidimensionales sobre los hogares de Pasto, como el deterioro económico, cambios en el consumo, afectaciones a la salud física y emocional, y alteraciones en la convivencia familiar. Todo ello evidencia la necesidad de diseñar políticas públicas más sólidas que fortalezcan los sistemas de protección social y el acceso a servicios de salud. Asimismo, se evidenció que existen brechas en lo laboral, pues una parte de la población de Pasto recurre a la economía informal, siendo pertinente crear programas que identifiquen y ayuden a esta población. Solo a partir de estas acciones será posible mitigar el impacto de futuras contingencias y avanzar hacia una recuperación social y económica más equitativa y sostenible.

En el tercer artículo de esta edición, se retoman los estudios de la sociología en la historia, la demografía en un estudio regional desde Nariño, cabe resaltarse una frase que encierra tal estudio: La “unidad de la desunión”: el fenómeno de la modernización diferencial.

A través del prisma histórico de Nariño (1951-2014), emerge con fuerza el concepto de asincronía. Inspirados por lo que Marshall Berman (1998) denominó la “unidad de la desunión”, observamos una modernidad que no avanza en línea recta, sino que se yuxtapone. La evidencia demográfica es contundente: mientras las zonas urbanas de Nariño vivieron entre 1964 y 2005 una transición hacia el descenso de la natalidad y una fuerte concentración poblacional, el sector rural permaneció anclado en altas tasas de mortalidad, patrones de ocupación dispersos

y una lenta disminución de la dependencia económica. Esta asincronía demográfica es la gran paradoja de nuestra era: el progreso y la precariedad habitan el mismo huso horario, desafiando cualquier explicación lineal del desarrollo.

En el artículo cuarto: “Hacia una justicia más humana”. Se resaltan los resultados de las investigaciones de Trabajo Social en el área de sociología de la familia, lideradas por un grupo de docentes de la Universidad Mariana en Pasto, en la cual se argumenta acerca de los fallos del sistema judicial en los procesos de intervención sociojurídica, la respuesta no está solo en la técnica, sino en la descolonización del conocimiento. La investigación social debe dejar de ser una observación distante para convertirse en una praxis ética.

Un ejemplo esperanzador es el Centro de Conciliación “Padre Reinaldo Herbrand” de la Universidad Mariana, donde el Derecho se encuentra con el Trabajo Social. Allí, la justicia no es solo un expediente; es una intervención sociojurídica que atiende el acompañamiento emocional y la contención de crisis. Solo a través de este diálogo interdisciplinario podemos aspirar a una justicia restaurativa que vea a la familia como un sujeto de derechos y no como un número de caso. Al final del día, la sociología nos obliga a mirar detrás de la cifra para encontrar la respiración de la historia. La pregunta que queda flotando es: ¿Hasta qué punto nuestra aceptación pasiva de estos sistemas de poder nos hace cómplices de las grietas que hoy vemos crecer? El primer paso para reparar el sistema familiar en un caso sociojurídico es reconocer que, detrás de cada estadística, hay una vida reclamando su derecho a existir.

En el quinto artículo, el éxito invisible en la Universidad de Nariño: “Más que simples cifras”. La retención estudiantil no es un mérito de la “persistencia” individual del estudiante, sino una responsabilidad ética de la institución. La Universidad de Nariño ha logrado un hito: una deserción del 38 %, significativamente menor al 45 % del promedio nacional. Este “éxito invisible” se sostiene sobre las Acciones Afirmativas, pero el modelo se encuentra en una encrucijada presupuestal que amenaza con convertir la educación en una mercancía. El Sistema de Bienestar Universitario enfrenta desafíos estructurales que el Centro de Estudios en Salud (CESUN), ha identificado con claridad. Para que la universidad no sea solo una fábrica de mano de obra, debe superar tres obstáculos:

1. Presupuesto insuficiente: El rubro estatal no crece al ritmo de la demanda, obligando a las universidades a buscar financiamiento privado que prioriza el mercado sobre el desarrollo humano.

2. Carencia de sistemas de información: La falta de datos diagnósticos impide evaluar el impacto real de las acciones afirmativas y detectar alertas tempranas de deserción académica.
3. Enfoque asistencial: La tendencia a ver el bienestar como un paliativo externo en lugar de una integración intersectorial que aborde la vulnerabilidad socioeconómica de fondo.

En el sexto artículo de esta edición y en sincronía con el anterior, acerca de los apoyos brindados a las comunidades diversas en época de Pandemia por Covid-19, los estudiantes que pertenecen a diferentes etnias y que constituyen el cabildo indígena universitario CIU, adscrito al Sistema de Bienestar Universitario de la Universidad de Nariño, se reflexiona acerca del impacto que tuvieron estos apoyos durante el confinamiento y el desarrollo académico: “La brecha no es solo el Wi-Fi: Violencia epistémica en el aula virtual”.

Cuando la educación se mudó a las pantallas, la exclusión tomó una forma técnica, pero también una mucho más profunda. Los estudiantes del Cabildo Indígena Universitario (CIU-Udenar) se enfrentaron a una barrera monumental: tenían cinco veces menos probabilidades de acceso a conectividad que el resto de la población. Es cierto que la Universidad de Nariño hizo esfuerzos significativos, entregando computadores portátiles y tarjetas SIM para intentar cerrar la brecha física. Sin embargo, el problema real no se solucionaba con megabytes. Lo que vivimos fue una “monocultura del saber”.

El sistema impuso un currículo diseñado para la ciudad y la mentalidad occidental, ignorando las formas propias de leer y escribir el mundo de los pueblos originarios. Fue una exclusión epistémica: el Wi-Fi funcionaba como un puente, pero el idioma del conocimiento seguía dejando a muchos en la otra orilla. Fue así, como emergió el ritual que rompió la pantalla, frente al silencio de los templos y las plazas, surgió una de las manifestaciones más hermosas de resistencia: el *Inti Raymi* digital. En junio, el murmullo de Facebook se transformó en el sonido de las zampoñas. Los estudiantes indígenas no permitieron que el encierro marchitara su identidad.

Vimos a los taitas uniendo sus bastones de mando frente a las cámaras, pidiendo permiso a la Pachamama desde la virtualidad. El suelo se llenó de ofrendas de semillas y frutas que dibujaban el Sol de los Pastos, mientras miles de personas se conectaban para armonizarse desde sus casas. Este no fue solo un evento por internet, fue la creación de un “territorio relacional”. La tecnología no reemplazó lo sagrado, se convirtió en una herramienta de resistencia para

expandir el territorio ancestral más allá de los límites geográficos. Fue el mensaje claro de que nuestra cultura no se detiene ante un decreto.

El séptimo artículo nos adentra en el tema: Más allá de los datos: La “Trinidad” de la investigación social, un análisis de los enfoques de investigación social en las últimas décadas.

Abordar lo social exige una orquestación de paradigmas. Ninguna mirada es absoluta; el rigor nace del diálogo entre enfoques que, aunque parezcan distantes, son piezas de un mismo rompecabezas ético. Entender, por ejemplo, por qué un hombre en la ruralidad de Nariño se aferra a ciertos roles, no es solo un hecho cultural, sino un fenómeno multidimensional donde convergen la precariedad material y los símbolos de poder.

- El Positivismo (Rigor y datos): nos ofrece el suelo firme de la observación sistemática y el control conceptual. Su valor no es la verdad absoluta, sino la capacidad de someter nuestras teorías al examen implacable de los hechos para refinarlas.
- El Materialismo Histórico (Poder e historia): despoja a la ciencia de su supuesta neutralidad. Nos recuerda que todo conocimiento está atravesado por las relaciones de producción y las tensiones de poder; la realidad no es algo “dado”, sino un proceso históricamente condicionado.
- La Teoría de la Complejidad (Incertidumbre y redes): es el puente que conecta lo disperso. Entiende que el orden y el desorden coexisten y que la incertidumbre no es un error del sistema, sino una propiedad fundamental de la vida humana. “El pensamiento complejo no busca sustituir lo simple, sino articular lo diverso, conectar lo disperso, comprender lo múltiple sin reducirlo a lo uno”. (Morin, 1990)

En la misma línea de la investigación de sociología de la familia, diversidad e inclusión, el artículo octavo genera una pregunta: ¿Cómo entender un mundo en contradicción? ... lecciones disruptivas sobre ciencia, sociedad y el “oficio de ser hombre”.

En el artículo no puede faltar la reflexión acerca de las masculinidades no violentas, un tema que toma relevancia actualmente: “El arte de mirar lo que otros solo ven”...

Comprender la realidad social contemporánea no es un ejercicio de acumulación de datos, sino una proeza de la mirada. Habitamos una realidad

que se nos presenta fragmentada: un mundo donde la fibra óptica convive con los discursos de igualdad y colisionan con prácticas ancestrales de dominio. No basta con observar; es necesario descifrar la “modernización desigual”. Para entender fenómenos tan densos como la asincronía demográfica o las mutaciones de la identidad de género, requerimos una lente que no busque simplificar la contradicción, sino habitarla. La curiosidad científica, en este sentido, es la capacidad de encontrar el hilo conductor en un laberinto de paradojas.

La investigación social ha comenzado a iluminar las sombras de la identidad masculina. El concepto de la “jaula de la masculinidad” (Salazar, 2018) ilustra ese espacio asfixiante donde los hombres son custodiados por las expectativas sociales. El patriarcado no es solo un sistema que oprime a las mujeres; es un mecanismo que atrapa a los hombres en un libreto de dominación, represión emocional y validación constante a través de la fuerza. Romper los barrotes de esta jaula es un acto tanto identitario como profundamente político. La deconstrucción no es una pérdida de identidad, sino una liberación de la carga de ser el “macho” racional y distante.

“Ocupar los lugares socialmente establecidos para los hombres ha tenido un alto costo emocional y subjetivo para los propios varones” (Muñoz, 2017).

Se comprende entonces, el aula como espejo: Donde se construye (o se rompe) el género. El aula no es un espacio neutro; es el laboratorio de ensayo donde se funde el metal de la jerarquía masculina. Investigaciones como las de Mora Eraso et al., revelan que, incluso bajo el amparo de reglamentos de “igualdad”, las instituciones educativas operan como potentes espacios de socialización de género a través de micro-realidades cotidianas:

1. Validación de la jerarquía: el uso del lenguaje en el aula a menudo refuerza términos que validan la autoridad masculina por encima del diálogo.
2. Geografía del poder: la división del espacio físico es elocuente; el patio escolar suele convertirse en el dominio de la fuerza física y el deporte, mientras que las áreas de estudio o cuidado quedan relegadas a un plano secundario.
3. El mandato de la invulnerabilidad: la escuela enseña a los hombres una lección cruel: deben mostrarse fuertes incluso cuando sienten miedo o nerviosismo. Esta represión de la vulnerabilidad es la semilla de la violencia futura.

Se reflexiona en este artículo, desde los análisis de género y familia una categoría definida como: La paternidad corresponsable: un acto de rebeldía afectiva.



Frente al anacronismo del “padre proveedor”, cuya única función es la manutención y el control, emerge la figura de la paternidad activa. Para elevar este debate, es útil observar la tipología de Martínez (2018), que identifica figuras que aún transitan nuestra cultura: el “padre machista” (autoritario y distante), el “padre benévolo” (que “ayuda” pero no se responsabiliza) y el peyorativamente llamado “padre mandilón” (un término usado por la hegemonía para estigmatizar al hombre que decide cuidar). La verdadera responsabilidad afectiva rompe estas etiquetas. No se trata de “colaborar” en casa, sino de reconfigurar las estructuras de poder. Cuando un hombre asume el cuidado, no solo está cumpliendo una tarea; está ejerciendo una rebeldía afectiva que sustituye el dominio por la empatía, transformando el hogar en un espacio de paridad política.

Y para ir concluyendo con los aportes a esta edición, el artículo noveno, desde la sociología de la cultura, plantea un análisis crítico del Carnaval de Negros y Blancos de Pasto, cabe plantearse algunas verdades incómodas y fascinantes sobre el Carnaval y para ello iniciaré preguntando: ¿Por qué las sociedades más herméticas, aquellas que han construido su identidad sobre la piedra angular del dogma y la obediencia, han necesitado históricamente del desenfreno más absoluto? Como bien advertía el historiador Julio Caro Baroja, el calendario humano no es una línea recta, sino un ciclo pasional: a la ternura de la Navidad le sucede el vértigo del carnaval, y a este, la tristeza obligada de la Semana Santa.

Este movimiento pendular nos revela que el Carnaval no es un simple desfile de disfraces, sino un “portal libre” donde la realidad se suspende para dar paso a un mundo bizarro y paralelo. En este intervalo necesario, lo invisible reclama su protagonismo y lo prohibido se torna norma. El Carnaval funciona como una suerte de “metafísica popular” que permite a la sociedad procesar sus contradicciones existenciales. Es el refugio de lo heterodoxo frente a un mundo cotidiano castigador; un espacio donde, bajo la máscara, el individuo intenta reconciliarse con lo inexorable de su propia muerte mediante el estallido vital de la risa.

Por su parte, el artículo plantea una creencia romántica de que el Carnaval es un acto de rebelión pura capaz de derribar imperios. Sin embargo, el semiólogo Umberto Eco plantea una tesis mucho más inquietante y cínica: el desorden del carnaval no busca subvertir la ley, sino confirmarla. Al permitir una violación temporal y controlada de la norma, el poder reafirma su propia vigencia.

“La comedia y el carnaval no son instancias de transgresiones reales: al contrario, representan claros ejemplos del reforzamiento de la ley. Nos recuerdan la existencia de la regla” (Eco, 1984).



Esta “válvula de escape” es útil para las instituciones porque opera sobre una distinción aristotélica fundamental: el personaje cómico es, por definición, alguien que percibimos como “inferior”, “innoble” o incluso “animalesco”. Al reírnos de su mala conducta o de su transgresión —como sucede con el bufón—, el espectador se siente superior y reafirma su compromiso con la regla que el otro ha roto. En la gran biblioteca de *El nombre de la rosa*, el monje Jorge de Burgos temía a la risa precisamente por su capacidad subversiva, argumentando que “Cristo nunca rió”. Pero el poder sabe que una sociedad que no ríe termina por estallar; por ello, prefiere administrar el caos en pequeñas dosis efímeras, permitiendo que el silencio y la obediencia regresen con más fuerza el Miércoles de Ceniza.

Siendo así, más que un espectáculo en el carnaval la vida se vive, no se observa, Mijaíl Bajtín revolucionó nuestra comprensión de la fiesta al rescatar el concepto de la “plaza pública” como un espacio sagrado de democracia cómica. A diferencia del teatro institucional... ese espectáculo rígido con libretos preestablecidos y una barrera infranqueable entre actores y espectadores... el Carnaval es el triunfo de la creación colectiva. En el Carnaval no hay espectadores, solo participantes. Es la vida misma interpretando su propio renacimiento.

Se evidencia aquí, que no existe el lenguaje formal de las instituciones: jerárquico, patriarcal y estamental, por el contrario, es un lenguaje o “vocabulario de plaza pública”: una comunicación soez, llena de insultos rituales, parodias y giros lingüísticos que ridiculizan los roles oficiales. Son las clases subalternas: los creadores mágicos, los artesanos, campesinos y estudiantes quienes se apoderan del relato, mito o leyenda, transformando la calle en un territorio de fraternidad utópica donde el lugar que uno ocupa en la sociedad deja de importar para dar paso al contacto vivo y real entre cuerpos en libertad.

El autor, R. Oviedo (2025), entre una de sus conclusiones se refiere al Carnaval actuando como un “término sombrilla” que cobija un universo de géneros bizarros bajo la premisa del “mundo al revés”. Esta estructura está íntimamente ligada a los ciclos de la naturaleza: para que la vida florezca en primavera, primero debe transitar por el inframundo oscuro del invierno. Es un rito de muerte y resurrección que precede a la liturgia cristiana pero que late con una fuerza pagana indomable.

Para terminar esta edición en la cual a través de este prólogo he tratado de reflexionar sobre los alcances multidimensionales de la investigación social en temas diversos de la sociología, el artículo décimo, cierra haciendo una reflexión del trasegar de los estudios sociológicos en dos cunas del saber, la Universidad

Nacional y la Escuela Normal Superior de Bogotá, que dieron el primer impulso a las Ciencias Sociales en Colombia (1930-1950).

Basándonos en las investigaciones de Andrés Vélez Quintero, exploraremos cómo este “primer impulso” transformó a Colombia en un laboratorio de las ciencias sociales, sentando las bases de nuestra identidad intelectual moderna antes de que el sectarismo político intentara borrar su rastro. La Escuela Normal Superior, considerada el “oasis intelectual” que desafió a la tradición. Es un error común pensar que el epicentro de esta revolución fue la Universidad Nacional. En realidad, el verdadero nicho institucional fue la Escuela Normal Superior (ENS). Esta institución de educación, obtuvo una independencia administrativa y física que la blindó contra el pensamiento retardatario. Bajo la dirección del médico José Francisco Socarrás, la escuela se alejó de la instrucción “libresca y verbalista” para abrazar un principio revolucionario: no se puede enseñar ciencia sin producirla. La ENS no solo formaba maestros; formaba investigadores laicos comprometidos con la modernización. En 1938, esta visión se materializó en cuatro especialidades científicas:

- Ciencias Sociales.
- Ciencias Biológicas y Químicas.
- Lingüística e Idiomas.
- Matemáticas y Física.

El regalo inesperado de la crisis europea: la migración de sabios, lo que el historiador Renán Silva denomina “sincronización” fue un giro del destino providencial. Mientras Europa colapsaba bajo el ascenso del fascismo y la Segunda Guerra Mundial, Colombia vivía la “Revolución en Marcha” de Alfonso López Pumarejo. Este programa progresista-liberal buscaba modernizar el Estado y vio en la tragedia europea una oportunidad para importar el talento que el país no tenía. Sabios de la talla de Paul Rivet, Gerhard Masur, Ernesto Guhl y Gerardo Reichel Dolmatoff, llegaron a nuestras tierras. No vinieron solo a dictar cátedras, sino a sembrar un “habitus científico”: una ética de investigación activa y rigurosa. Sobre este fenómeno, Renán Silva reflexiona: “... la situación política europea, las condiciones sociales y económicas de la primera postguerra, la quiebra de las instituciones democráticas y el consiguiente ascenso del nazismo y el fascismo ... fueron todos elementos que crearon una importante oferta de docentes, analistas críticos, investigadores, profesionales y técnicos de alta calificación que deseaban salir de sus países”.

La Sociología, entonces, se gestó entre tazas de chocolate, tras el regreso del conservadurismo al poder en 1946, el clima para las ciencias sociales se volvió frío. Sin embargo, el pensamiento social encontró un refugio en la calidez de la “Tertulia de los Sábados”. En la casa de los antropólogos Roberto Pineda y Virginia Gutiérrez, una comunidad de “sabios en la sombra” se reunía clandestinamente para debatir y estudiar mientras la violencia política arreciaba afuera. Esta red informal fue el “pool” de recursos humanos fundamental para el futuro. Cuando años más tarde Orlando Fals Borda, un outsider formado en el exterior, llegó a Colombia para fundar la Facultad de Sociología, no tuvo que empezar de cero; reclutó a los egresados eminentes de la ya clausurada ENS.

La sociología profesional colombiana, por tanto, tiene su ADN en aquellas tardes de chocolate y resistencia intelectual.

Tras el 9 de abril de 1948 (el Bogotazo), el gobierno conservador utilizó el caos como excusa para perseguir a los intelectuales de la ENS, calificándolos de “comunistas” o “anarquistas”. En 1951, bajo el gobierno de Laureano Gómez, la ENS fue clausurada y desmembrada. Muchos de los sabios europeos que habían huido del fascismo se vieron forzados a un segundo exilio. Sin embargo, el intento de “restablecimiento ideológico” llegó tarde. Las semillas del primer impulso ya habían germinado en una generación que, en los años 60, lideraría el segundo gran despertar de las ciencias sociales. Hoy, este capítulo de nuestra historia nos deja una reflexión necesaria, en un mundo de cambios políticos constantes.

Y con esta pregunta cierro el prólogo de esta edición...

¿Cómo podemos blindar la autonomía universitaria y de los programas de Sociología en el sur, para que la ciencia y el pensamiento crítico nunca vuelvan a depender de la clandestinidad de una tertulia privada, de un chocolate, de un tinto o aguapanela en una de las plazas de nuestras regiones?